

ros por es-
cio de seis
ocho días, y
con esta agua
se humedece
la pintura.

La leche
mezclada con
pimienta, es
un fuertísimo
veneno para
las moscas;
las hojas del
tabaco pue-
atro horas, y
ra, tienen el

mangas.

ro, que mal-
es, etc., etc.
su maestro.
maestro. Es
tribu de los
esos huésp-

URIN 1.325.

paseo para
percal liso
po-blusa de
túnica dra-
a con lazos,
y el plas-
isa. El cue-
por atrás.
mangas, son

y sujetos
falda. Som-
nos de gasa,
vestido y



tal para el
m. 18.

vaseo y vi-
Es de tela
es. La tri-
bre la fal-
paletot,
cortada al
se com-
dos paños
o la falda
es de asta
cuerpo y
y las car-
abrero de
ecido de



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 32 — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

26 Agosto 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

PRECIOS DE SUSCRICION PARA ESPAÑA Y PORTUGAL.

1.ª EDICION.—DE LUJO Ó COMPLETA.		2.ª EDICION.—ECONÓMICA.		3.ª EDICION.		4.ª EDICION.—ESPECIAL PARA MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurín y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.		ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año... 30,00 ptas.		Un año... 18,00 ptas.		Un año... 13,00 pesetas.		Un año... 27,00 ptas.	
Seis meses... 15,50 »		Seis meses... 9,50 »		Seis meses... 7,00 »		Seis meses... 14,50 »	
Tres meses... 8,00 »		Tres meses... 5,00 »		Tres meses... 3,50 »		Tres meses... 7,00 »	
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »				Un mes... 2,50 »	
PROVINCIAS.		PROVINCIAS.				PROVINCIAS.	
Un año... 36,00 ptas.		Un año... 21,00 ptas.				Un año... 29,00 ptas.	
Seis meses... 18,50 »		Seis meses... 11,50 »				Seis meses... 13,50 »	
Tres meses... 9,50 »		Tres meses... 6,00 »				Tres meses... 8,00 »	

Los precios de suscripción en CUBA, PUERTO-RICO y demas puntos de América los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en las provincias de España.

Agentes generales.—En la REPÚBLICA ARGENTINA y en la del URUGUAY D. Federico Real y Prado.—En la de CHILE D. Julio Real y Prado.

SUMARIO.—Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Vestido para jovencita.—Vestido adornado de entredoses y puntillas.—Vestido con paletot largo.—Vestido con túnica de malla y cuentas.—Corbata de seda y encaje.—Corbata con encaje y entredós bordado.—Diferentes cuellos y puños y pañuelos correspondientes.—Sombrero de muselina para niña.—Sombrero de muselina para niño.—Chambra de punto de aguja para niño.—Falda y cuerpo de un trajeito para niño.—Enagua con cinturón princesa para señora.—Toquilla de encaje para teatro.—Botita de punto de aguja para niño.—Botita de tela para caballero.—Corse abotonado por delante para señora.—Punta de encaje irlandés para corbata.—Tapete para mesa de labor.—Gorro griego para caballero.—Iniciales para pañuelo.—Canastilla para cubiertos.—Almohadon redondo.—Vide-poche bordado.—Vide-poche bordado a cadeneta.—Cenefa para toalla.—Entredoses y puntillas de crochet y trencilla.—LITERATURA: Cuentos morales, por Micaela de Silva.—A la triste memoria de mi primo, poesia, por Emilia Calé y Torres de Quintero.—Diálogo, por Augusto Perez Perchet.—El devocionario, por M. Saint-Georges, traduccion de Doña Josefa Pujol de Collado.—El bálsamo de las penas, por Angela Grassi.—La exposicion de laen.—Secretos del tocador.—Explicacion del figurin.

EXPLICACION de LOS GRABADOS.

1 Y 2. TAPETE PARA MESA DE LABOR.

Materiales: Paño encarnado, 54 centímetros de largo por 34 de ancho, trencilla de lana azul oscuro, lana de varios colores, seda maíz. (Dibujo: en el pliego del 18 por el derecho, fig. 31.)

El punto ruso y punto de escapulario que entran en combinacion en esta labor, 5. En treddós á punto de crochet para la corbata n.º 4.

Corbata de seda y encaje. (Véase el núm. 17.)

son harto conocidos de nuestras lectoras, y el núm. 2 ofrece de tamaño natural una parte de la cenefa; en ella deben armonizarse colores que correspondan al ramo del centro, del cual muestra la cuarta parte el pliego por el derecho núm. 31. La estrella del centro, amarilla, orillada de negro, se compone de 8 hojas iguales, rellenas con palma, cada dos de distinto color; los dos grandes arabescos que abrazan la estrella son tambien amarillos y negros, y las ramas y espinas de colores variados en azul, gris, plata y violeta y verde. Estos colores se reproducen en la cenefa núm. 2.

3 Á 5 Y 17. CORBATAS.

3 y 17. Corbata de seda y encaje.—La cinta, asargada, de 8 centímetros de ancho, va deshilada á las puntas y anudado su enrejado, colocando en una de ellas la punta de encaje irlandés nú-

mero 17, cosida con un cordón de oro, que va sobre la cinta del encaje. 4 y 5. Corbata con encaje y entredós.—Es de crespón china rosa pálido, terminada en puntas, que se adornan con un plegado de encaje y encima un entredós bordado sobre cinta del mismo color rosa con seda azul y verde pálidos, cuyo dibujo á punto de cruz muestra el número 5.

6 Y 18. ALMOHADON REDONDO.

Es muy á propósito para pabellon de jardin, y se hace en tela gris, relleno de crin, de 50 cents. de largo por 34 de circunferencia; el bordado son tiras en espiral que se bordan con auxilio de tiras de cañamazo, colocadas encima, hechas con dos tonos azules que imitan el encaje, y cuyo dibujo ofrece el núm. 6: el fondo que imita el tul, se borda con hilo blanco, cordones y borlas azules.

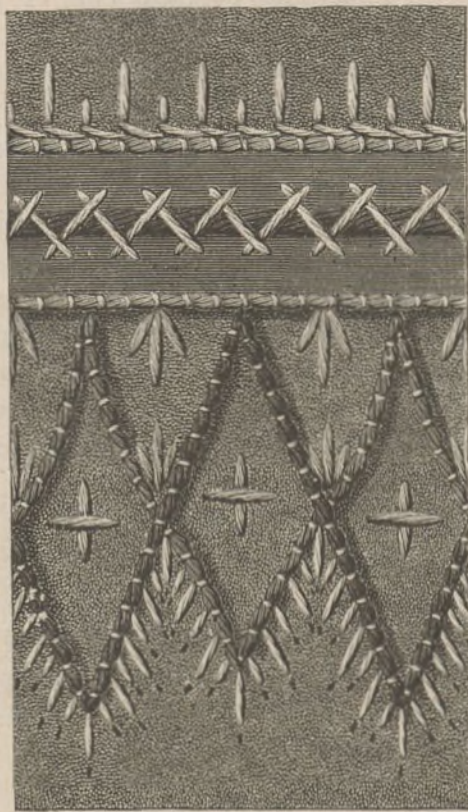
7. CENEFA DE MALLA GUIPURE. Sirve para edredones ó antimacasares de las dimensiones que se quieran, ocupando el centro cualquiera de los modelos de este género ya recibidos.

8 Y 9. CHAMBRA DE PUNTO PARA NIÑO.

Materiales: 55 gramos de algodón de medias, agujas de acero. Esta chambra se ejecuta á lo largo en rayas del revés y del derecho, con 122 puntos, y cada raya formada por 6 vueltas; para darle forma en el hombro y escote de manga,



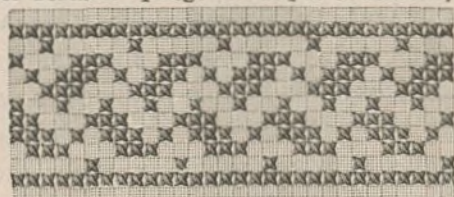
4. Corbata con encaje y entredós bordado. (Véase el núm. 5.)



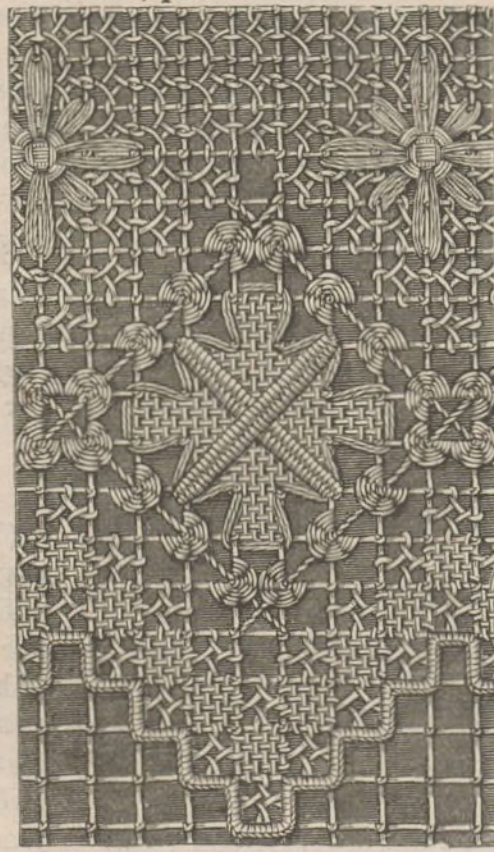
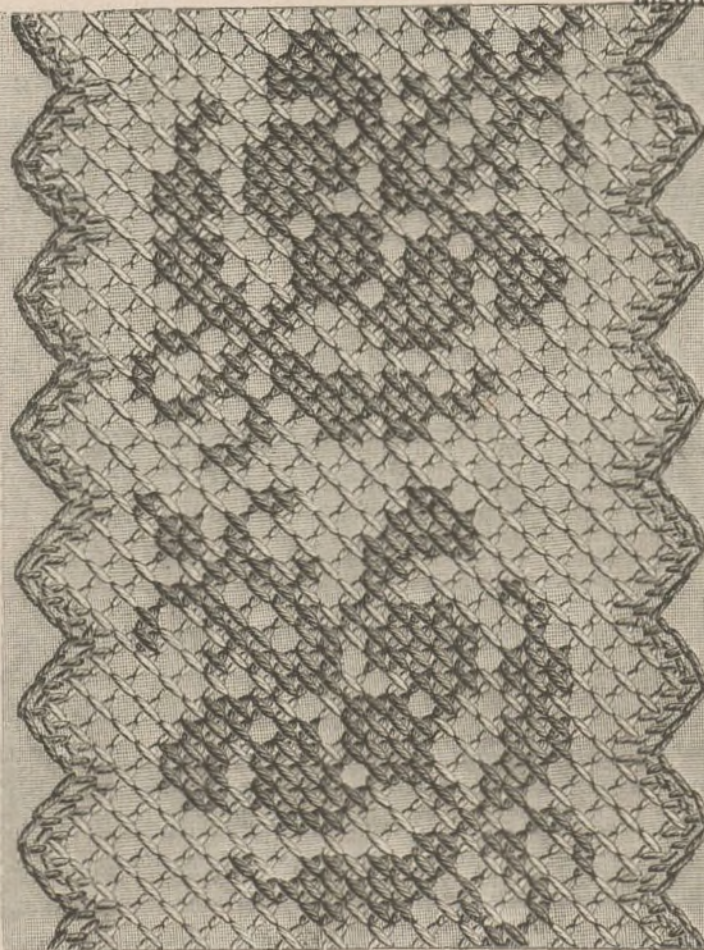
2. Cenefa para el tapete núm. 1.



1. Tapete para mesa de labor. (Véase el núm. 2.) (Dibujo del bordado: pliego del 18 por el derecho, fig. 31.)



6. Cenefa para el almohadon núm. 18.



7. Cenefa de malla guipure.

10 Y 11. BOTITA DE PUNTO PARA NIÑO.

Materiales: 10 gramos de lana céfiro blanca, 10 rosa y cinta estrecha.

Esta botita, hecha de punto de aguja y crochet, imita un zapatito rosa sobre la media blanca, con cinta rosa encima. Comiénzase con lana blanca un redondo de 48 puntos, ejecutándose 18 vueltas, que se continúan para el empeine, alternando dos puntos del derecho y dos del revés; después se reparten los puntos en dos mitades, una para delante, que continúa sin interrumpir las rayas, y otras para detrás, que se comienza con rosa; ejecútase el ancho del talón y cogen las trabillas para empezar la suela, hasta llegar al término del empeine, y entonces se vuelve á trabajar en redondo para hacer la punta rosa, haciendo los menguados del cierre en los extremos, tanto para no alterar las rayas del dibujo como para dejar cuadrada la punta. Por arriba la botita se adorna con una puntilla de conchas de crochet (véase núm. 10), que se empieza con una vuelta de barras rosa separadas entre sí por un liso, y á la vuelta siguiente * 6 barras en el primer calado, un pto. de cadeneta, 6 barras en el tercer calado, ó sea dejando uno por medio, uno de cadeneta. * Sigase una vuelta de puntos dobles con rosa, y se repite encima otra vuelta de conchas blancas con la otra encima rosa. Cintas rosa van pasadas por presillas de crochet figurando las galgas del zapato.

12. PUNTILLA DE TRENCILLA Y CROCHET.

La originalidad de este modelo consiste en la mezcla de distintos tonos producidos por la colocación de la puntilla. Después de la primera vuelta, de 5 pto. de cadeneta y uno en cada pico de la trencilla, se vuelve la trencilla y se ejecuta en el primer pico un pto. doble, 3 de cadeneta, uno doble en el pico siguiente, etc. La vuelta tercera consta de * una barra en el punto del centro de la segunda vuelta, 2 barras separadas por dos lisos, tres de cadeneta, y se repite. * En la cuarta vuelta se hace toda de puntos dobles con un picot en el centro de cada onda. El pie de la puntilla le muestra claramente el núm. 12.

13 Y 14. SOMBREROS DE BATISTA.

El primero es un fondo de tela de armar, de 23 centímetros de circunferencia, reducido por pliegues, y una tira de batista al biés cubre este fondo, que adorna un plegado de 5 cents., con puntilla al borde, entremetido en cada pliegue del fondo de la capota: el borde, sostenido con alambre, va igualmente cubierto con biés y adornado de plegados: escarapela y lazos de cinta blanca.

El segundo es para niño, y su fondo un óvalo de batista de 30 cents. de largo por 23 de ancho, reducido por pliegues por delante y por detrás, y la profundidad de ellos hace que parezca más alto por delante: el borde es un biés de 48 cents. de largo por 11 de ancho y doble, se cose alrededor, con alambre en medio, cubriendo la unión un plegado de batista con puntilla á los bordes y atravesando el fondo entredós bordado con puntillas: escarapela de batista y cintas de seda.

15. ENTREDÓS DE TUL.

Sirve para cuellecitos, gorras de niño, pañuelos de batista ó cualquiera otro objeto de lencería fina.

16. BOTINA DE TELA PARA CABALLERO.

(Patron: en el pliego del 18 por el revés, núm. XIV, figuras 53 á 58.)

Esta botina, de tela fina, es más útil que las de punto, sobre todo para viaje, y el patron es de tamaño regular, debiendo doblar los bordes de cada pieza antes de unirlos y hacia fuera para que no lastimen el pie: el delantero que forma la caña ó principio de la pierna cruza sobre la parte de atrás, donde cierra con presillas y botones.

19 Y 20. VESTIDO PARA JOVENCITA.

(Patron: en el pliego del 18 por el revés, núms. I y II, figuras 1 á 12.)

Representa este modelo un vestido completo de tela de Smirna el primero, gris claro con biéses marrón y plegados de 4 á 12 cents. de ancho, y el segundo un paletot de tela de mezcla, con puntillas y entredós de hilo: en el primero el delantero de la polonesa acaba por lazadas que se repiten en la espalda del paletot (véase núm. 15 del CORREO anterior), y en el segundo modelo el delantero se completa, según muestra el croquis, con un echarpe cruzado debajo de la lazada de la espalda. El patron mismo da detalles para la manga, vueltas y bolsillos.

21 Á 23. CENEFA PARA TOALLAS

Puede hacerse esta cenefa en tela adamascada para toallas y mantelerías, ó para portieres y tapetes en lana

tricot, cuyo tejido de cuadritos permite al punto abrazar cada uno de ellos. Para mantelerías la cenefa se borda con algodón encarnado y azul, y para portieres se borda con lanas finas de colores alternados con seda argelina. Los núms. 21 y 22 muestran la manera de ejecutar el punto.

24 Á 27. VIDE-POCHE.

Los núms. 24 y 25 muestran un vide-poché cuadrado, de franela azul, de 70 cents. de largo por 42 de ancho, doblado por la mitad y formando bolsillo en uno de los lados: el adorno son tiras de tul griego, de 7 cents. de ancho, bordadas con seda argelina blanca por el dibujo núm. 25 y por el del pliego del 18, fig. 59. Otra cenefa igual guarnece el vide-poché, y con el mismo dibujo se ejecuta el de otra forma, núm. 26, que consta de tres partes, que acaban en punta, con un lazo al extremo y un alambre circular á la parte superior, donde le adorna una puntilla y bridas para colgarle.

El núm. 27 lleva su patron en el pliego del 18 por el derecho, núm. VIII, fig. 30, y se compone de dos mitades iguales de paño verde ruso, bordado con seda argelina blanca á punto de cadeneta: después de bordadas las dos mitades, se cosen con una costura interior y completan con bolsa de seda blanca cerrada por una jareta: cinta de seda blanca y borlas de dos colores.

28. ENAGUA CON CINTURON PRINCESA.

(Patron: en Febrero de este año.)

Es muy recomendable esta forma de enagua, que hace sentar muy bien los vestidos de forma princesa: el largo de la cintura por detrás es de 51 cents., y se une á ella un paño al hilo, fruncido y recogido á su mitad por una jareta: el paño de adelante lleva sus dos negas, y el adorno es un volante bordado de 11 cents., una tira plegada de 9, y todo ello fijo á la enagua por biéses cosidos á máquina.

31. TOQUILLA DE ENCAJE PARA TEATRO.

Las francesas, ménos acostumbradas á mantilla que las españolas, usan estas graciosas toquillas de encaje para teatro y concierto, y al efecto las hacen armar de adelante con algunos pliegues sobre una armadura de tul y una flor al lado como la presenta el modelo.

32 Y 33. ÁNGULOS PARA CUELLOS.

El primero representa cuatro órdenes de calado sobre el jareton, y el segundo calados alternando con bodeques á punto de minuto, en blanco ó en color.

34. PUNTILLA DE CROCHET.

Consta del mismo motivo dos veces repetido, empezándose por el centro de la rosa con una cadeneta, y sobre ella * 4 pto. dobles, 3 dobles barras separadas por 2 picots, 2 picots, y se repite *. Segunda vuelta. *, 2 barras dobles, 4 de cadeneta, una doble en el segundo picot de la vuelta anterior 3 veces, 2 de cadeneta y una doble en el picot siguiente, 2 de cadeneta, y para la hoja siguiente una doble, 4 de cadeneta y 2 barras dobles en el antepenúltimo picot. * Repitiendo siempre estas dos vueltas se obtiene la puntilla, que por un lado se termina con una vuelta de picot en ondas, y por el otro con una cadeneta y barras encima.

35 Á 40. CUELLOS, PUÑOS Y PAÑUELOS.

Los juegos de color con el pañuelo igual son muy propios para mañana, y los núms. 35 á 37 muestran un bordado á punto ruso con azul, y los 33 á 40 muestran jareton rosa sujeto con entredós bordado á la cruz con azul y rosa.

41 Y 42. GORRO GRIEGO.

Se ejecuta en tela gris y se borda con seda argelina marrón la cenefa núm. 42, tomando la estrella de alguno de nuestros números anteriores: se arma con forro fuerte entre la tela y el forro de seda marrón, cosiendo por dentro el redondo del centro.

43. CORSÉ ABOTONADO POR DELANTE.

(Patron: en el pliego por el derecho, núm. IV, figuras 16 á 21.)

Este corsé, que se recomienda á personas delicadas por carecer de muelles por delante, cierra con botones y se hace en cutí blanco, con ballenas que se fijan de los extremos con abanicos de seda: además del ribete de cinta, una cenefa bordada orilla el corsé, teniendo cuidado de unir las piezas por las letras correspondientes, y montando un borde en otro por el sistema convenido.

44. INICIALES PARA PAÑUELOS.

Van bordadas á plumetis y punto de arenas, y su labor no ofrece ninguna dificultad á personas acostumbradas á bordar en blanco.

45. CANASTILLA PARA CUBIERTOS.

Es de junco, vestido por dentro de inglesina ó cuero fino, y adornada por fuera de una tira de tela cruda bordada á punto ruso con algodón de color.

JOAQUINA BALMASEDA.



CUENTOS MORALES.

HACER CARRERA, TENER SUERTE.

Hacer carrera... Tener suerte. Hé aquí dos frases que oíreis repetir muy á menudo, aludiendo á las personas que brillan en el mundo por las riquezas ó los honores que lograron adquirir.

Mas no siempre se toman en cuenta los medios de que se valieron para obtener ese resultado. Porque hay dos modos de hacer carrera en el mundo, y si el uno es en extremo laudable y meritorio, el otro es aborrecible y denigrante.

El que á fuerza de laboriosidad y estudio, sin más recomendación que su propio mérito, sube de soldado á general, de meritorio á ministro, de mercader á banquero, etc., etc... el que sube á las regiones del poder, más para dicha de sus gobernados que para su propio adelantamiento, y viene á ser como el sol que brilla en lo alto para extender á todas partes su bienhechora influencia. El que lejos del poder colabora, en cuanto está de su parte, á la grande obra de la civilización, distinguiéndose ya en las ciencias, ya en las artes, ya en la literatura, ya en las tareas administrativas ó en los diferentes ramos del saber, del comercio, de la mecánica ó de la industria, instruyendo á los unos, auxiliando á los otros, y dando á todos buen ejemplo, ese, á no dudarlo, hace carrera, y esa carrera es tanto más honrosa, cuanto mayores fueron las dificultades vencidas.

Pero si no es el merecimiento quien le ha encumbrado; si el perjurio, la bajeza, la osadía, las maquinaciones tenebrosas, las viles intrigas son los peldaños por donde logra encaramarse... cuanto más alto suba, más de relieve pondrá sus vicios ó su pobreza moral, única pobreza de que los hombres deberían avergonzarse... Los zancos no convierten al pigmeo en gigante; lo que hacen es ayudar á que todos vean su pequeñez.

El que con su industria, su actividad, su trabajo y su bien entendida economía constituye una regular fortuna, y con bien combinadas especulaciones, que á nadie comprometen, á nadie perjudican y engañan, se hace millonario, y emplea noblemente su caudal en hacer bien á los necesitados, goza de una suerte muy envidiable á la verdad.

Pero el que se vale del robo, de la usura, del fraude ó de cualquier otro medio reprobado, por muchos biéses que alcance, nunca obtendrá la estimación de las gentes, y ménos la suya propia; nunca pasará de ser un miserable cargado con el peso de una mala conciencia, que es el peso más difícil de sobrellevar.

De las mujeres, no se dice que han hecho carrera; dícese que han tenido suerte, y por lo regular se alude á las que por la posición de sus maridos, ó por sus ventajas personales, reciben los homenajes del gran mundo.

Suerte muy digna de ser envidiada es la de una mujer que sabe captarse la estimación de las gentes honradas, el amor de un buen esposo, el respetuoso cariño de sus hijos, el afecto de cuantos la rodean y la conocen á fondo, de cuantos admiran sus virtudes realzadas por una modesta sencillez.

En cualquier estado y condición es dichosa la mujer digna de ser amada. La mujer honesta, laboriosa, prudente, caritativa y económica; la mujer sincera, benévola y amable, y, para decirlo todo de una vez, la mujer que practica las virtudes cristianas.

Sin éstas, ya puede adornarse con todos los oropeles del mundo; envanézcase la infeliz con sus ventajas, no serán ellas por cierto las que nos hagan exclamar: ¡Qué suerte ha tenido esa mujer!

Sólo el que próximo á comparecer ante la presencia de Dios, Juez soberano de vivos y de muertos, ve acercarse la hora postrera y no la teme; sólo el que puede

arrojar sobre lo pasado una mirada tranquila, y espera en el porvenir eterno, porque si bien se humilla, recordando las faltas y defectos de que no es cosa fácil eximirse, no por eso tiembla, porque sabe que Dios es bueno, y en Él confía.

Sólo el que cierra los ojos á la luz del sol, con la esperanza de abrirlos á la luz eterna, sólo ese nos hará exclamar con todas las véras de nuestro corazón: ¡Tú si que has hecho carrera! ¡Tú si que has tenido suerte!

MICHAELA DE SILVA.

Á LA TRISTE Y QUERIDA MEMORIA

de mi primo el malogrado poeta

TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

Huid recuerdos del bien,
No torneis á la memoria,
Sólo el eco de una historia
Hoy vaga en mi ardiente sien.
Sueño no más fué el eden
Que mi pasado abrillanta;
Hoy mi desventura es tanta
Que mis placeres derrumba,
Pues formidable una tumba
A mis ojos se levanta.

En ella, lejos del cielo
Que veló su dulce nido,
Descansa el cantor que ha sido
Gloria del gallego suelo.
Bajo cinerario velo
Reposa su cuerpo inerte;
Y como enseña, se advierte
Un humilde cenotafio,
Una cruz, y un epitafio:
¡Fúnebres galas de muerte!

Mas ¿puede una tumba acaso
Guardar en su fondo oscuro
El destello claro y puro
Que el genio deja á su paso?
Su negro borde traspaso,
Y un triste legado miro;
Mas con la fé en que me inspiro
Voy hasta el cielo que adoro,
Y allí en el celeste coro
El alma viviendo miro.

Sí, poeta, no es morir
El ocupar una fosa;
Es en otra vida hermosa
Volver de nuevo á vivir.
Por siempre en Dios existir
Fué tu esperanza más grata;
Hoy la mia se dilata
Hasta hallar consuelo en Dios,
Ya que el lazo de los dos
Aquí la muerte desata.

Cuando tu genio profundo
En mis recuerdos evoco,
Hallo en verdad, que era poco
Para espacio tuyo el mundo,
Tú fuiste el astro profundo
Del suelo que amaste tanto:
Y hoy tu patria es altar santo
En donde los siglos, fieles,
Te rendirán sus laureles,
Siempre verdes por el llanto.

Ya en vez de ofrecerte flores
Cual un día por tributo,
Cabren sus arpas de luto
Los gallegos trovadores.
Del coro de ruiseñores
Falta el hermano querido;
Y á su acento dolorido
Eco de muerte retumba,
Enseñádoles la tumba
Del compañero perdido.

Vigo, hada que entre espumas
Inspiraste sus cantares
Á la orilla de esos mares
Que con tus flores perfumas;
El misterio de tus brumas,
De tu cielo el dulce encanto,
Trocáron su hermoso canto
Triste como el ¡ay! que espira,
Y brotaron de su lira
Los lirios del campo-santo.

Guarda, como joya tuya,
Su nombre esculpido en bronce,
Y digna serás entónces
De llamarte cuna suya.
Deja que mi ofrenda incluya
En las que tu amor le ofrezca;
Y cuando la palma crezca,
Que altiva el genio pregonara,
Su inmarcesible corona
Con mis lágrimas florezca.

Y en tanto mi vida avanza
Por su árida pendiente
Hasta divisar fulgente
La cima de mi esperanza;
La oración, que tanto alcanza,
Hará que al cielo me encumbre;
Á la luz de sacra lumbre
Un día en Dios nos veremos,
Y el Hosanna entonaremos
Los dos en la eterna cumbre.

Lugo.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

DIALOGO.

(IMITACION DEL ALEMAN.)

—¿Qué son amores, dime,
corazon mio?
—Dos almas y una idea;
Dos y uno mismo.
Dos corazones
y un solo pensamiento
son los amores.

—¿De dónde el amor viene?
—De allá...

Mas, dime:
¿cómo se vá?
—Si váse
es que no existe.
—¿Misterio raro!
—En la vida del alma
todo es extraño.

—¿Cuál amor es más puro?
—El que á sí mismo
se olvida.

—¿Y más constante?
—El más tranquilo.
—Sigue, alma mia,
calmando cariñosa
mis tristes cuiñas.

—¿Cuándo amor es más rico?
—Siempre que otorga.
—¿Y cómo el amor habla?
—Callando adora.

.....
.....
—¡Bendita ciencia,
que endulza nuestros pasos
sobre la tierra!

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

EL DEVOCIONARIO.

TRADUCCION ESPAÑOLA DE

DOÑA JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Las suaves tintas del crepúsculo prestaban indecisos y poéticos reflejos al hermoso cielo de Picardía; la naturaleza fatigada de los ardores del sol, parecia recibir complacida las brisas mensajeras de la noche, y las campanas de la antiquísima iglesia de Saint-Irieix, datan pausadamente al viento el toque del *Angelus*.

La condesa María de Pommereuse, asomada al balcón del castillo de Saint-Irieix, fijaba con ansiedad sus ojos en la larga avenida de frondosos castaños que conducía á la antigua morada señorial, manifestando en todos sus ademanes la viva impaciencia que la dominaba.

Nada más poéticamente bello que aquella hermosa mujer, destacándose como una aparición divina de los sombríos muros del gótico castillo ennegrecidos por el tiempo: con su flotante vestidura y la diáfana gasa con que habia cubierto sus magníficos cabellos, parecia el genio misterioso y encantador que protegía de los rigores del tiempo aquel magestuoso edificio.

—Soy una loca al esperarle con tanta ansiedad, cuando es para causarle un disgusto, murmuró la condesa como hablando consigo misma; ¿pero tendré valor?... ¿por qué espira siempre en mis labios ese secreto cruel?..

¡Si le amo con todo mi corazón, Dios mio, si le amo como no amaré jamás!

Y despues de ese grito último del alma, pronunciadas estas palabras, que condensaban una pasión fogosa por largo tiempo contenida, María sepultó su lindo rostro entre sus manos, como para ocultarse á sí misma su púdico dolor.

¡La inocente condesa soportaba hacia muchos años los tormentos de un amor sin esperanza!

Un hermoso jóven, montado en un soberbio potro, apareció al extremo de la avenida de los castaños; la condesa, al verle, se retiró precipitadamente del balcón, corrió á arrodillarse en su reclinatorio, y una ferviente plegaria brotó de sus labios. Pocos momentos despues apareció serena en el salón, donde la aguardaba el recién llegado.

—Tengo el gusto de ofreceros el miosotis que tanto deseabais dibujar, se apresuró á decir el jóven, presentando galantemente las flores á la condesa; las fui á buscar esta mañana al valle de la Source, y las hubierais tenido más pronto, si no hubiera temido ser importuno adelantando la hora de mi visita.

María le dió las gracias por medio de una dulce sonrisa.

—Como veis, devuelvo bien por mal, prosiguió el jóven, puesto que ayer durante el paseo os pedí que cogierais para mí un pensamiento y me disteis una rama de espino.

—Tal vez el espino fuese tambien un pensamiento, Leoncio, contestó débilmente la condesa.

La mirada de Leoncio se fijó en María con tan amarga inquietud, que ella exclamó, tendiéndole una mano:

—¡Amigo mio, mi pobre amigo!

—¡Amigo! repitió con vehemencia el jóven cayendo de rodillas; amigo no, María, amante, esposo sí.

—¡Esposo, jamás! replicó vivamente la condesa retrocediendo algunos pasos.

Al oír las enérgicas frases de la noble dama, Leoncio se creyó víctima de una horrorosa pesadilla; sus ojos se nublaron por las lágrimas, y una palidez mortal se extendió por sus facciones.

—Comprendo... murmuró al fin con dolorosa ironía— me despreciais...

Cuando dos almas se hallan oprimidas por el deber ó las conveniencias sociales, basta el más sencillo incidente para que estalle la expresion de los sentimientos por tanto tiempo ocultos; con mayor violencia, cuanto más cruel ha sido el retraimiento.

Una pobre flor habia provocado la penosa escena que acabamos de relatar, y la condesa recibió un golpe dolorosísimo al ver la manera con que se habia interpretado su misterioso pensamiento. ¡Ella despreciar al amigo de su infancia, al hombre por quien gustosa hubiera sacrificado su vida! Quiso contestar á tan cruel reproche, abrir su alma al ingrato que la desconocía y no pudo: mil confusos sentimientos la asaltaron á la vez, y en vano buscó una frase que reasumiera las diversas ideas que la agitaban.

El ruido que produjo al cerrarse la puerta del salón distrajo á María de sus penosas reflexiones, y levantó la cabeza con sobresalto. Leoncio habia desaparecido.

La condesa no se sintió con fuerzas para abandonar la estancia, y se dejó caer desfallecida en un sillón, porque nada es más sensible para un corazón delicado que la injusticia de los seres á quienes ama.

Las horas trascurrieron con triste lentitud desde la salida de Leoncio: el salón se hallaba envuelto en la más profunda oscuridad, y el silencio que reinaba en la sombría estancia era solo á intervalos interrumpido por los sollozos ahogados de la condesa.

De repente una viva claridad se esparció alrededor de la afligida dama.

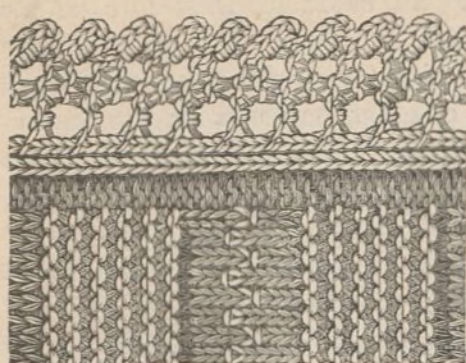
—Acaban de entregarme esta carta para la señora, dijo un doméstico, apareciendo con una luz en la mano.

—¿De quién es? preguntó María con voz conmovida.

—De Mr. Leoncio Geoffroy, contestó el criado, dirigiéndose á encender los candelabros del salón.

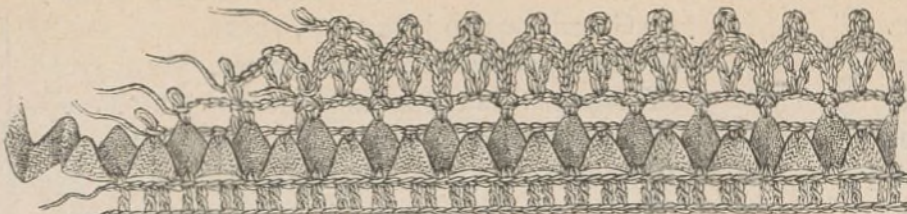
La noble dama leyó temblando lo siguiente:

"Señora, una palabra sola me ha revelado mi suerte, y trataré de olvidar un pasado halagüeño ante un porvenir desesperado. Podeis fijar sin temor vuestros ojos en este papel, porque es la última vez que os escribo. Educado junto á vos, aprendí á amaros como un hermano, y mi cariño parecia haceros dichosa.... Vuestra santa madre me trataba como á un hijo, en recompensa, sin duda, de que mi padre, intendente hacia muchos años de la casa, habia salvado su fortuna en la época del Terror; aquella noble mujer me amaba tanto, que el cariño que sentia por mí se confundía casi con el que le inspirabais vos. Al terminar en París mi carrera de abogado, intenté conquistarme una posición, alimentando, ¡necio de mí! una vaga esperanza que á nadie me habia atrevido á confiar; supe vuestro casamiento con el

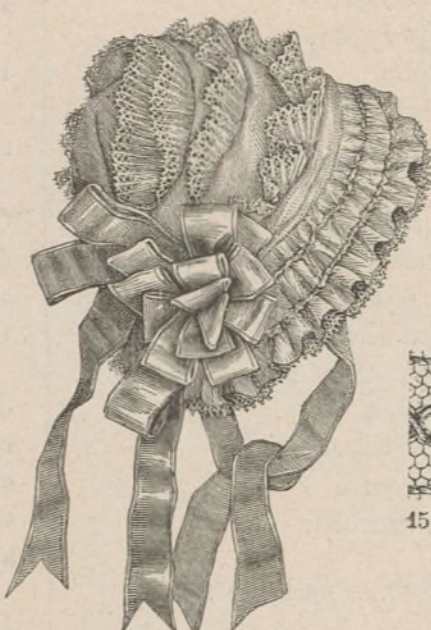


3. Punto y cenefa para la chambrita núm. 9.

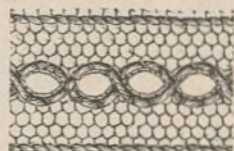
conde de Pommereuse, y la amargura que invadió mi alma me reveló toda la fuerza del misterioso amor que sentía por vos, señora. No intentaré hacer una pintura exacta de mis dolores, porque el momento no es oportuno para ello; tan sólo os diré que han trascurrido dos años desde que la muerte os separó de vuestro esposo. Como en la época de su fallecimiento mi padre no existía, os dignasteis acordaros de mí para pedirme algunos consejos acerca de vuestros asuntos de herencia, y yo abandoné á París sin dolor para instalarme en mi tierra natal, cerca del castillo donde vivíais, olvidando por completo, ante la dicha de veros, el brillante porvenir que se abría ante mis ojos. Cuando terminó vuestro luto me recibisteis como á un antiguo amigo, y desde entonces sólo conté mi vida por las horas que pasaba á vuestro lado. Vos érais mi presente y mi porvenir. Nada tengo que reprocharos, María, porque jamás vuestra boca se abrió para confirmar un sentimiento que asomaba sin cesar á mis ojos, y que mis labios no se atrevían á confesar...; pero ¿quereis que os diga la verdad?... cometí la estupidez de creerme amado. ¡Os complacíais tanto en recordar las inocentes escenas de nuestra infancia; parecíais tan dichosa al recordar los lugares testigos de nuestros primeros juegos; os inquietabais tanto si algún día un acontecimiento imprevisto me retenía lejos de vos; confundíamos con tan hermosa espontaneidad nuestros pensamientos y nuestros deseos, que creí llegar, en época no muy lejana, al cumplimiento del deseo infinito que llenaba mi vida!... Perdonadme, María, tan dulces sueños; ya veis que no eran más que sueños.... Hoy, sin quererlo, he hecho traición al misterio de mis más caros sentimientos, y ha des-



12. Puntilla de trencilla y crochet.



13. Sombrero de muselina para niña.



15. Entredós para cuellos.



14. Sombrero de piqué para niño.



16. Botina de tela para caballero. (Patron: pliego del 18 por el revés, n.º XIV, figs. 53 á 58.)



9. Chabre de punto. (Véase el núm. 8.)



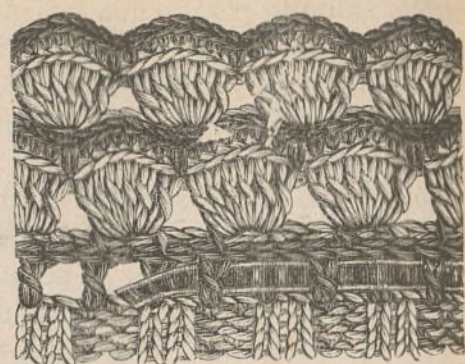
11. Botina de punto. (Véase el núm. 10.)

—¡Leoncio! exclamó la condesa acariciando con su enflaquecida mano la sudorosa frente del enfermo; me reconocéis?

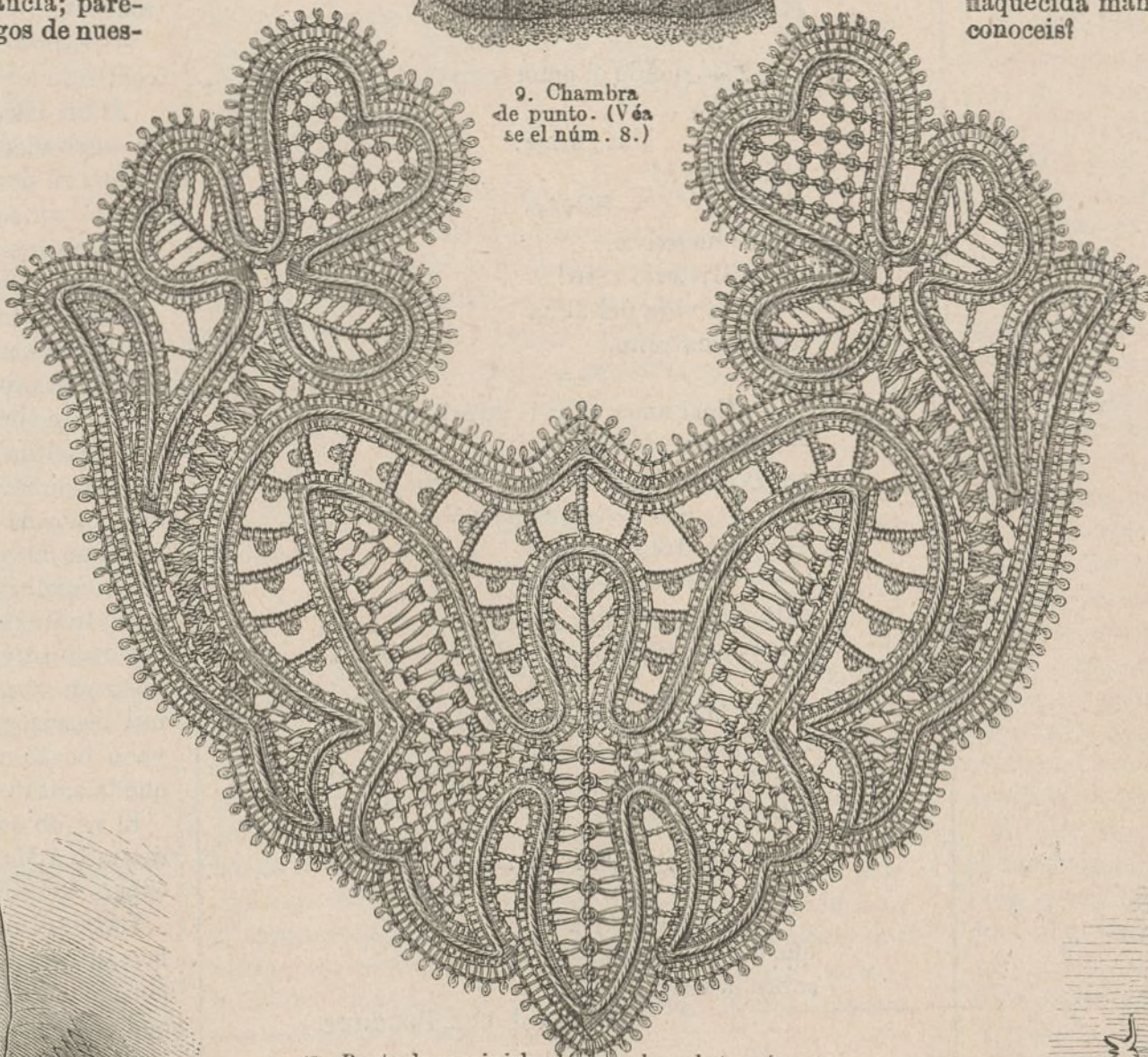
—¡Vos aquí, María, á mi lado? balbuceó el joven con creciente agitación; ¡hablad, hablad, que oiga vuestra voz, para convencerme de que no es un sueño lo que veo!

—¡Gracias, Dios mío! me ha reconocido;—murmuró la condesa cayendo de rodillas y elevando al cielo una fervorosa oración.

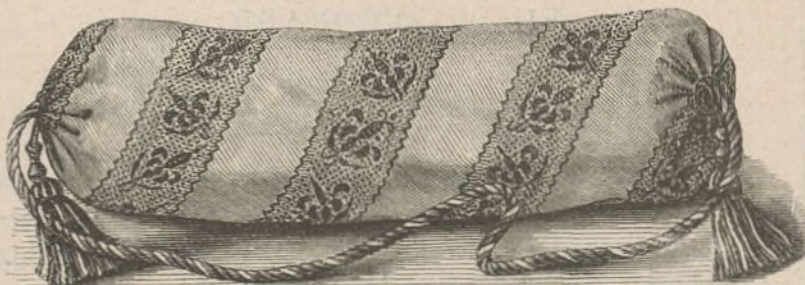
—Hijo mío, añadió acercándose al lecho un venerable sacerdote que se hallaba junto á María; la condesa no se aparta



10. Fondo y cenefa para la botita núm. 11.

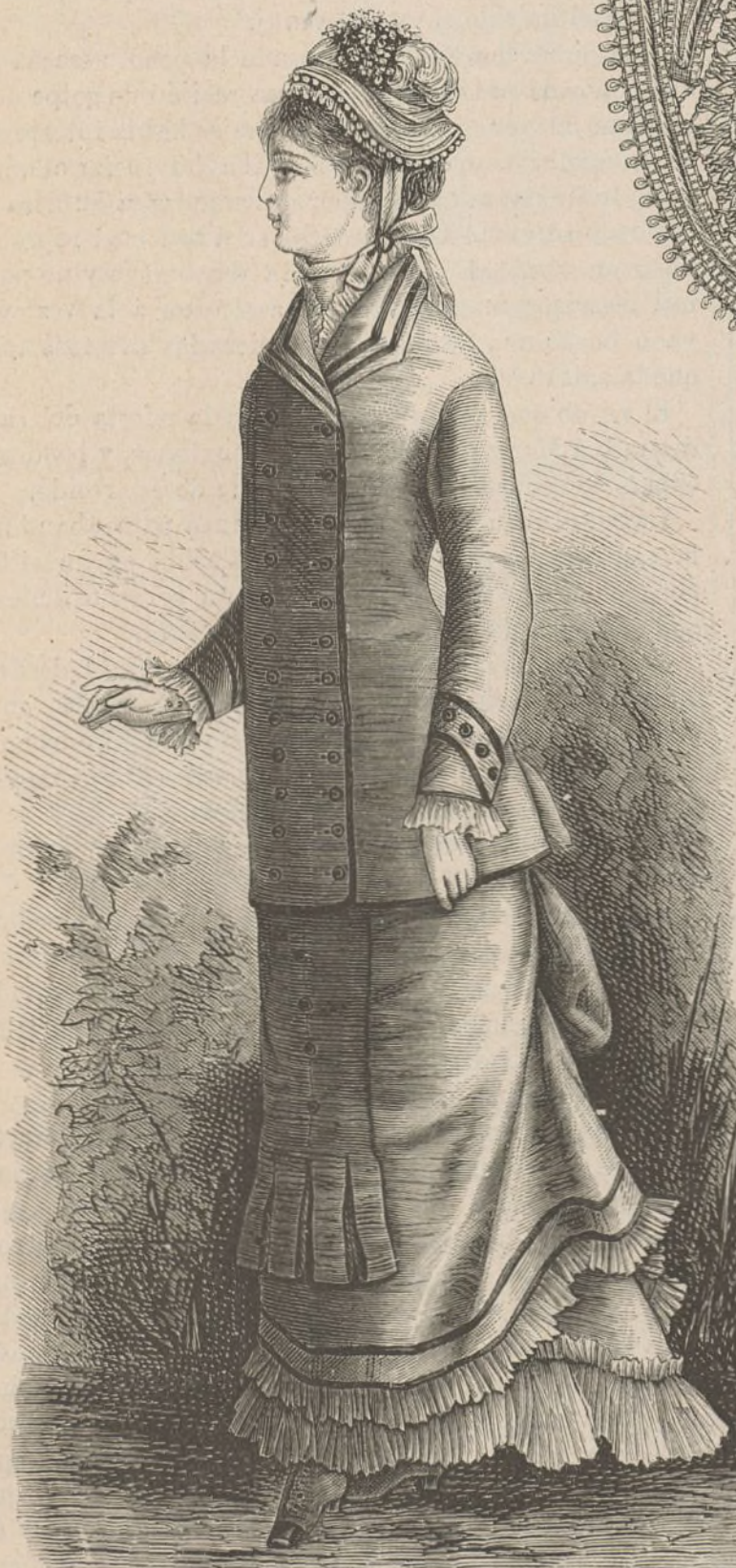


17. Panta de encaje irlandés para la corbata núm. 3.



18. Almohadon redondo. (Véase el núm. 6.)

aparecido mi dicha para siempre; un rayo de luz ha desvanecido las tinieblas en que mi espíritu se agitaba, y el dorado prisma de mis ilusiones ha desaparecido ante la triste y orgullosa realidad. Teneis razon: Leoncio Geoffroy no puede ser jamás el esposo de la activa condesa de Pommereuse... ¡Pobre loco, que pensaba inocentemente que la gloria adquirida podía borrar á los ojos de una noble dama la fea mancha de su humilde origen! El hijo de un honrado intendente no puede soñar nunca en ser el marido de aquella á quien su padre ha servido!... ¡Perdon, María, perdon! ¡Yo sólo tengo la culpa de todo, y con mi necia confianza he labrado mi desdicha! ¡Pero he sufrido tanto, ha sido tanta mi desesperación, que si vos comprendierais el estado de mi alma, me perdonaríais sin saberlo; ¡compadeced, al menos, al hombre infeliz que ha cometido la locura de soñar con poseeros! Teneis el derecho de ser activa, puesto que el cielo y la naturaleza os ha colmado de todos sus dones; pero sois buena y no me guardareis rencor. Adios,



19. Vestido para jovencita. (Véase el núm. 20.) (Patron: pliego del 18 por el derecho, núms. I y II, figs. 1 á 12a.)



20. Espalda del vestido núm. 19. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. I, figs. 1 á 8.)

núm. 11.
engo los
riste re-
mpida; y
a puesto
ues, y en
sbilmen-
por la
de una
veía una
á la ca-
ama, es-
horrible
rosa res-
enfermo.
aquella
un grito
egria: el
ncorporó
asíó su
ló débil-
labras:
ios mio,
on su en-
; me gre-
o? balbu-
tacion;—
stra voz,
un sueño
reconoci-
rendo de
fervoro-
ose al le-
se halla-
se aparta



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
Calle de la Montera, número 11, Madrid.

21
sin

acababa
Des
de Lec
Cur
sabre
dirá d
Apé
manas
do de
Era
sol, a
en los
pareci
dore
lame
triste
La
á la s
que h
dos ju
—L
Maria
tras
un co
defec
de Po

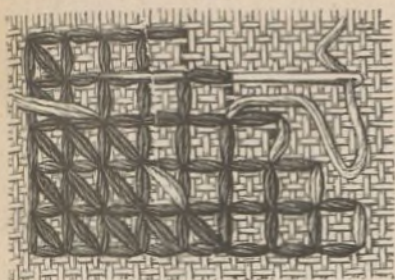
qu
den
ma
rev
un
cio
te
col
ral
fat
vel
cui
mi
mi
pli
de

h
en
co
co

P
tá
d
ha
d

g
t
d
co
v
d
ra
co
n
a

za
y
p
p



21. Ejecucion de la cenefa sin revés ni derecho núm. 23.

acaban de salvarlos.

Desde aquel día la convalecencia de Leoncio adelantó rápidamente.

Curiosos, le había dicho María, y sabéis mi secreto; luego Dios decidirá de vuestra dicha.

Apénas habían transcurrido tres semanas, que ya Leoncio se vió en estado de poder ir al castillo.

Era un hermoso día de otoño; el sol, al proyectar sus dorados rayos en los seculares árboles del parque, parecía arrojar sus últimos resplandores sobre la moribunda vegetación, lamentando la venida del sombrío y triste invierno.

La condesa y Leoncio se sentaron á la sombra de un frondoso plátano, que había presenciado los descuidados juegos de su infancia.

—Dios os perdone, Leoncio, dijo María, el daño que me hicieron vuestras palabras al acusar de orgullo á un corazón que jamás ha tenido ese defecto; no, amigo mío, la condesa de Pommereuse no se creería humi-

llada

aceptando el nombre y el por-

venir que le ofrecéis, por que este nombre,—y lo confieso en este solemne instante,—fué el primero que deseé llevar para ser dichosa.

—¿Decís la verdad, María?—exclamó Leoncio enagenado.

—¡Pobre amigo mío!—añadió tristemente la dama;—mi confianza hará más amargos vuestros recuerdos, pero mi corazón no tiene valor para ocultarosla por más tiempo. Escuchad: el conde de Pommereuse era bueno; muy bueno y lleno de delicadeza para mí; yo experimentaba

por él, ya que no el amor, el más vivo sentimiento de amistad; pero una circunstancia fatal convirtió el sincero afecto

que profesaba á mi marido, en un cariño verdaderamente maternal. Tres meses despues de mi matrimonio, el médico que visitaba al conde me reveló que mi pobre esposo se hallaba aquejado de una afección en el pecho, y dejó á vuestra discreción el juzgar lo que yo debía sufrir con semejante revelación. ¡Un hombre joven, rico, dichoso, condenado á temprana muerte sin que la naturaleza ni el arte pudieran arrancarle á su destino fatal! Desde entonces me dediqué con ahínco á velar por sus delicados días, le rodeé de tiernos cuidados, tomé cuantas precauciones podían disminuir la dolencia que minaba su existencia, y mi vida, durante dos años, fué un continuado suplicio, tanto más cruento, cuanto mis facciones no debían jamás hacer traición al angustioso estado de mi alma.

Un día, cuando el médico se retiraba de mis habitaciones, entró en ellas el conde pálido y convulso.

—María, me preguntó sentándose á mi lado, ¿por qué me habéis engañado?

Yo arrojé un grito de espanto, comprendiendo que el conde sabía su verdadero estado por cualquiera desgraciada casualidad que no acertaba á adivinar.

—Tranquilizaos, me dijo; yo soy tan culpable como vos, puesto que pen-

un instante de vos. Yo he hecho el mal, yo sola he de repararlo, dice sin cesar; las plegarias de los ángeles llegan al trono del Señor, y las de esta noble mujer



26. Vide-poché. (Véase el núm. 25.) (Dibujo para el bordado: pliego del 18 por el revés, fig. 59.)



24. Vide-poché bordado. (Véanse los núms. 25 y 26.) (Dibujo de la cenefa: pliego del 18 por el revés, fig. 51.)

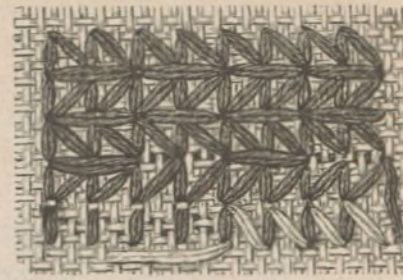


25. Cenefa para el vide-poché núms. 24 y 26.)



31. Toquilla de encaje para teatro.

sé ocultaros un secreto que ha tiempo, sin yo saberlo, os pertenecía. Sé la suerte que me espera, y estoy tranquilo, porque Dios ha aceptado el sacrificio de mi vi-



22. Ejecucion de la cenefa núm. 21 sin revés ni derecho.



27. Vide-poché bordado. (Patron y dibujo: pliego del 18 por el derecho, núm. VIII, fig. 20, núms. 24 y 26.)

—María, ¿tendríais abnegación bastante para llevar á cabo el sacrificio más grande que se ha exigido jamás de una mujer de vuestra edad y posición? ¿Queréis hacer feliz mi agonía, con una promesa que me hará bendeciros eternamente desde el cielo?

—Hablad, exclamé; si es necesario dar mi vida para salvar la vuestra, la daré sin vacilar.

—No tanto, pobre ángel, no tanto; no es el sacrificio de vuestra vida, sino el de vuestra dicha, el que os exijo, respondió el moribundo con voz temblorosa; la idea de que en día no lejano otro hombre os ha de llamar su esposa, me martiriza y roba la tranquilidad de mis contadas horas y turba mirazon; perdonad mi debilidad, María... y no me maldigais por tanto egoísmo...

pero ¡fué tan corta mi dicha! que sería para mí la felicidad suprema obtener de vos la promesa de que no otorgareis á nadie los tesoros de vuestra ternura, y permaneceréis fiel á los juramentos de amor eterno que me hicisteis ante el altar.

La cabeza del conde cayó desfallecida sobre la almohada, y su alma parecía aguardar mi contestación para volar al cielo. Entonces todo lo prometí, Leoncio, y juré ante Dios y un moribundo no volverme á casar; ya sabéis mi secreto, amigo mío, y ahora decidme si he obrado bien.

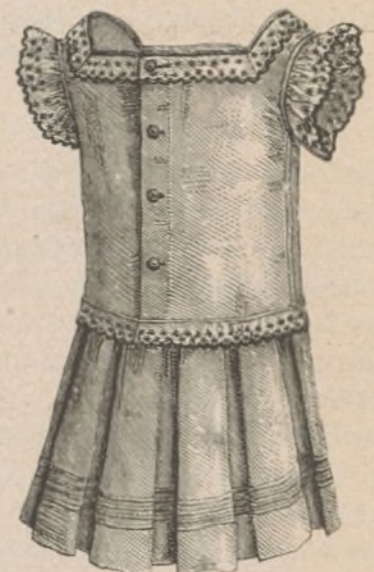
—¡Fatal secreto!

—Sí, muy fatal, Leoncio, muy fatal; exclamó la condesa deshecha en lágrimas, puesto que hace desgraciados á dos seres.

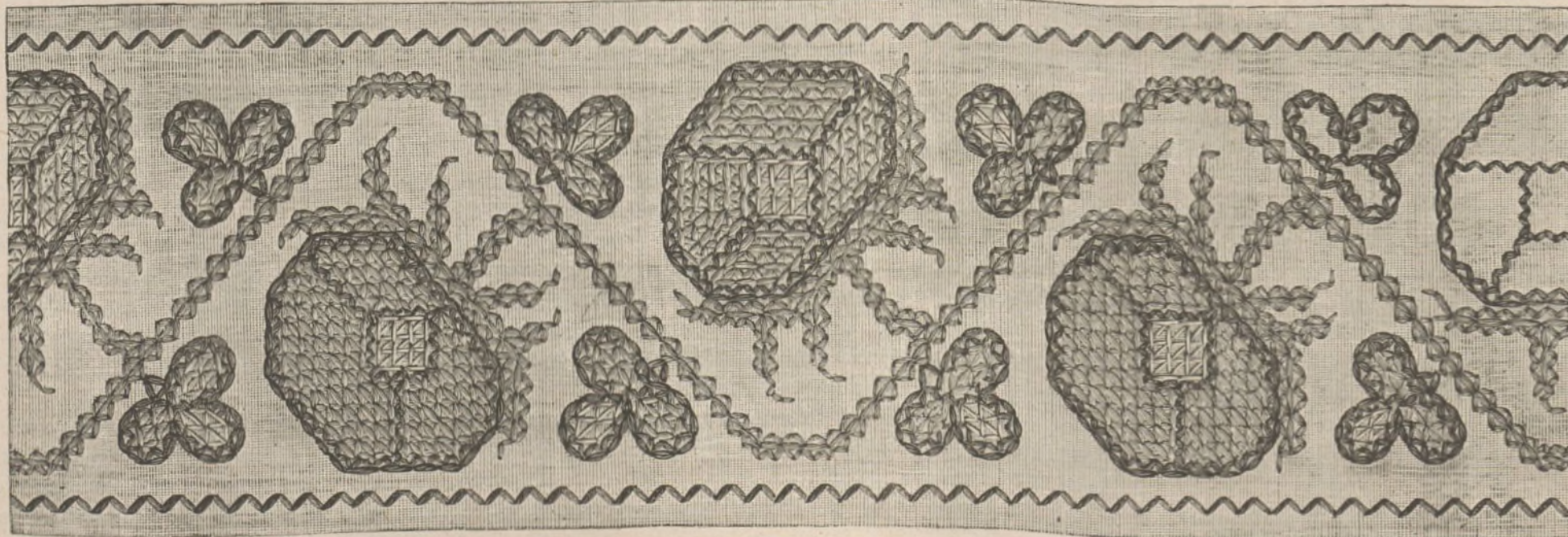
—Pero Dios no puede aceptar un juramento semejante, María; el deseo de un moribundo puede reclamarlo, pero la razón lo reprueba y la religión lo prohíbe.

—No, no, contestó la noble viuda; un juramento siempre es sagrado, y Dios recibió el mío en aquel momento supremo.

—Dios no puede aceptarlo, exclamó Leoncio con vehemencia; y si no, dejad que



29 y 30. Falda y cuerpo de vestido, núm. 1 del Corazo anterior. (Patron del cuerpo: pliego del 18 por el derecho, núm. VI, figs. 28 y 11 y 14.)



23. Cenefa para toallas sin revés ni derecho. (Véanse los núms. 21 y 22.)

lo juzgue por Él uno de sus ministros, el venerable sacerdote que ha velado á mi cabecera durante mi enfermedad os guiará María.... consultadle; yo confío en él, y acepto desde ahora el porvenir que me señale.

—Sea, contestó tristemente la condesa; mañana lo sabrá todo.

Al día siguiente Leoncio recibió temblando una carta de la condesa, concebida en estos términos:

«Obedezco, Leoncio; pero puesto que aún me está permitida la duda, hé aquí las condiciones que os impongo para esa prueba, en nombre de cuanto tengais más sagrado en el mundo. Una vez tomada mi resolución, es irrevocable, y no intentéis combatirla si redundan en nuestra desgracia.... olvidadme, y alejaos de mí por piedad. Mañana al declinar el día iré á la iglesia de Saint-Irieix, en cuyos altares se han verificado los más grandes actos de mi vida: mi bautismo, mi casamiento y la triste ceremonia que siguió á la muerte de mi pobre madre; allí pediré á Dios me inspire una resolución, y si he de ser vuestra, abandonaré la iglesia llevando en mi mano el devocionario en el cual habeis trazado la imagen de mi dulce patrona; pero si en medio de mi ardiente plegaria la voluntad celeste me inclina al cumplimiento de mi promesa; si en medio de mi piadosa meditación considero nuestro enlace como un crimen.... entonces el devocionario quedará sobre el reclinatorio como prenda de nuestra eterna separación. ¡Leoncio, hermano mio, vos que sois noble y generoso, acceded á mi petición!... no podeis imaginaros cuántos escrúpulos experimenta mi corazón ante la idea de la santa prueba á que por vuestro amor me someto.

Leoncio comprendió que por nada del mundo aquella alma profundamente religiosa desistiría de su idea, y se resignó á esperar la resolución de la cual dependía su felicidad.

A la caída de la tarde del día siguiente, la campana de la iglesia de Saint Irieix daba al viento las campanadas que preceden á la poética oración del *Angelus*, como al principio de nuestra historia; un tinte sombrío se había extendido como un manto de luto por el magnífico paisaje que dominaba el castillo; espesas nubes interceptaban el purísimo azul del firmamento, y el viento, precursor de la tempestad, silbaba lúgubremente por entre las hojas de los añosos árboles.

Una mujer pálida y silenciosa se destacó de entre las arboledas, y tomó con paso breve el sendero que conducía á la iglesia, en tanto que por una de las avenidas del parque Leoncio se dirigía al mismo punto.

Al ir la condesa, que no era otra la desconocida, á franquear el umbral del templo, se detuvo indecisa y toda su sangre afluyó á su corazón. Iba á oír su sentencia en el santo tribunal de Dios, y temía como nunca había temido.

Por fin María de Pommereuse penetró en la iglesia, y Leoncio dió un paso para seguirla sin ser visto, pero á la entrada del templo una mendiga le detuvo, tendiéndole una mano con ademán suplicante.

El joven depositó una moneda de oro en la mano de la infeliz mujer, la hizo seña de que se alejara, y se dispuso á entrar en la casa del Señor, pero de improviso volvió sobre sus pasos, y detuvo á la mendiga diciéndole:

—Buena mujer, pedid á Dios que me conceda lo que más deseo en el mundo.

¡En aquel momento supremo tres oraciones se elevaron al cielo!

La condesa oraba ante el altar, arrodillada é inmóvil como una estatua de mármol sobre un sepulcro. Leoncio, oculto entre los pilares del templo y con los ojos fijos sobre María, articulaba distraído una plegaria, y en el pórtico de la iglesia la infeliz pordiosera pedía á Dios por la dicha del hombre que le había asegurado el pan de algunos días.

Trascurrió una hora.

Nada turbaba el augusto silencio de aquellos lugares: las sombras de la noche envolvían el gótico templo; las últimas é indecisas luces del espirante día se proyectaban trémulas en la magestuosa nave de la iglesia al penetrar por la entreabierta puerta, y sus débiles tintas prestaban á la bella condesa una poética luz parecida á la misteriosa aureola de una mártir.

María se incorporó lentamente é hizo ademán de salir, volvió á arrodillarse tranquila, fijó sus miradas en la imagen del Crucificado que se ostentaba en el altar como una celeste promesa de paz, ocultó su frente entre sus manos, un suspiro ahogado se escapó de su pecho, y se dirigió con paso tardo hacia la puerta del templo.

Leoncio, pálido y convulso, corrió hacia el reclinatorio, y sintió una horrible sacudida en el corazón.

¡María de Pommereuse había dejado allí su devocionario!

Una nube pasó por los ojos del pobre joven, que creyó morir de dolor.

La condesa acababa de llegar á la puerta. Leoncio, aturdido por la desesperación, apenas oía el ruido de sus leves pasos, cuando la mendiga, corriendo hacia ella, la detuvo diciendo:

—¡Señora, señora, el libro de oraciones, que os habeis olvidado!

Y la infeliz pordiosera presentó efectivamente el devocionario á la condesa.

—¡Ah! exclamó María fuera de sí, oprimiendo el devocionario contra su corazón, y tendiendo la mano á su amante; ¡Leoncio, esposo mio, Dios lo quiere!

N. DE SAINT-GEORGES.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

—¡Y Engenio? preguntó Cláudio con voz anhelante.

—¡Ah, que Engenio había partido también precipitadamente á Ciudad-Real, á donde le llamaba su madre moribunda!.. ¡Su madre se ha salvado y él ha vuelto á Madrid contento; yo vuelvo huérfana y con el alma destrozada!

Me hallaba sola contra todos, porque hasta los criados estaban vendidos á Cándida y se habían convertido en enemigos... Hice varias tentativas para recobrar el derecho de velar á la cabecera de mi padre, pero cada una de estas tentativas costaba al enfermo sinsabores y recaídas, y todo lo sufría por no amargar sus últimos momentos, por no empeorar su estado...

¡Lo creerán Vds...? ¡Mi padre murió sin verme, sin que su única hija pudiese cerrar sus párpados...!

Cuando abrieron su testamento, aparecieron inmensas sumas que aparentaba deber á Gámbara. ¡Ah, cuán horrible debió ser su sufrimiento al hallarse frente á frente de la eternidad, y verse precisado á despojar á su hija de su legítimo patrimonio...! ¡Pobre padre mio...!

Mi patrimonio quedó reducido á la quinta parte; pero no es esto lo que me aflige.

Genoveva guardó silencio algunos momentos, y después repuso:

—¡Creen Vds. que los malvados gocen por largo tiempo del fruto de sus delitos?

Gámbara, que había envidiado hacía muy pocos meses, se casó con Cándida, cuando estaba aún blanda la tierra que cubría los mortales despojos de mi padre...

Yo no quise presenciar su matrimonio: enferma y agobiada de mortal tristeza, fui á refugiarme en casa de una tía, que habita en Valencia, y allí he permanecido quince meses luchando contra la muerte.

Pero ¡creen Vds., repito, que los malvados gocen por largo tiempo del fruto de sus delitos?

Gámbara, apenas se casó, realizó toda la fortuna de Cándida bajo especiosos pretextos, sin dejarla siquiera un alfiler, y huyó á los Estados-Unidos. Dios le castigó: la embarcación que le llevaba quedó sepultada en la inmensidad de los mares, y es probable que él haya sucumbido juntamente con el oro que había amontonado al precio de sus infamias.

Cándida quedó abandonada y miserable. Su desesperación la produjo un ataque apoplético, tan fulminante como el que sus coléricas exigencias produjeron en mi padre, y está acabando sus días en Murcia en el hospital de Incurables.

¡Cuántos acontecimientos en dos años, Cláudio!

La vida se parece al mar: por largo tiempo sereno y transparente, sus olas parecen acariciar la nave que se desliza soberbia sobre ellas, y rendirla un tributo de lisonjas con sus blandos suspiros; pero de repente aparece la tempestad, rujen las olas, se levantan embravecidas, sus murmullos se convierten en amenazas, y todo lo destruyen, todo lo anonadan...

En mi soledad de Valencia, solo un recuerdo, una esperanza, mitigaban las amarguras de mi alma...

Este recuerdo, esta esperanza, son los que me han traído á Madrid. Vine en compañía de esa señora que acababan Vds. de ver, antigua amiga de mi tía, que, dada cima á sus negocios, debe volver mañana irremisiblemente á Valencia. Partiré con ella ó me quedaré en Madrid: esto depende de Vds. Hé aquí la razón por la cual he tenido que apresurarme en venir á decirles lo que hubiera aplazado para más tranquilas circunstancias.

La voz de Genoveva, firme al principio, estaba visiblemente alterada. Calló como si no supiese el modo de formular lo que iba á decir.

Por fin cobró ánimo, y balbuceó con encantadora timidez:

—He venido á Madrid con el exclusivo objeto de buscarle á V., Cláudio, y si estaba V. libre, si se había desvanecido la pasión que ahora sé que no existió jamás, hacia otra mujer, decirle lo que le digo ahora: Cláudio, mi alma se unió á la de V. en las orillas del Manzanares, mi alma se adhirió irrevocablemente á la de V., junto al lecho de la mujer de Gámbara, junto al lecho de muerte del pobre albañil, y nada puede ya quebrantar tan fuertes é indisolubles lazos...

Mi compromiso con Engenio hace ya mucho tiempo que no existe: lo rompí en Santander, aquella noche memorable en que adiviné el estado de mi corazón...

Como sé que es V. modesto, como sé que mi posición social le impide á V. ir hacia mí, yo vengo hacia V., y le digo: Cláudio, le amo á V., le amo desde que me hizo renacer á nueva vida... Creo obedecer á los altos designios de la Providencia resarciéndole con mi amor de los desdenes de la suerte...

Tengo un corazón noble, apasionado, leal: ¡quiere V. guardarlo...?

Cláudio no respondió.

Su cabeza se había deslizado sobre el respaldo de su silla: ¡estaba desmayado!

Su alma, que había resistido al dolor, había sucumbido, abrumada bajo el peso de tan imprevista dicha.

Virginia se levantó dando un grito, y corrió á buscar agua: su madre la siguió para decirle en donde se hallaba un pomito de sales, ó más bien, para dejar solos á los dos amantes. La bondadosa Lorenza sabía muy bien que su atribulado hijo necesitaba un instante de expansión, como las lánguidas flores necesitan el rocío de la mañana.

La luna inundaba de melancólica luz el pálido rostro de Cláudio.

Genoveva apoyó sobre su seno aquella cabeza querida y rozó con sus labios aquellos cabellos encanecidos antes de tiempo. Su beso fué tan casto y puro, que no hizo aparecer las rosas del rubor en sus mejillas.

¡Parecía una madre, que teme despertar con sus caricias al hijo de sus entrañas!

Cláudio abrió los ojos, y sus miradas se confundieron con las de Genoveva, como se confundían los latidos de sus amantes corazones. ¡Qué poeta podría describir estos inefables momentos de la vida! ¡Ah, quien pueda gozarse no debe ya sentir el haber nacido!

Virginia y su madre entraron.

Cláudio se deslizó de rodillas y prorumpió en sollozos.

—Pero esto es un sueño, murmuraba, esto es un sueño!... Despiérteme V., madre mía, despiérteme V.... ¿Cómo es posible que no sueñe?... ¡Dios mio, yo pobre, yo feo, yo desgraciado! Pero, ¿qué he podido yo hacer, qué méritos he podido yo haber contraído para merecer tanta ventura?

—¡Ah, que su alma de V. tiene cualidades mucho más bellas que las que acaba de enumerar, respondió dulcemente Genoveva. ¡Ah, que no sería digna de su amor la mujer que prefiriese las dotes que concede el acaso á las que engendra la virtud!...

Luego añadió, dirigiéndose á Lorenza y cogiéndola ambas manos:

—¡Me acepta V. por hija? Virginia, no he tenido hermana, ¿me acepta V. por hermana?

Ambas se precipitaron llorando de gozo en los brazos de la joven.

La escena que se siguió á esta escena fué tan dulce que solo podrían expresarla los serafines, porque sólo ellos saben amar con la santidad con que Genoveva y Cláudio se adoraban.

La boda se efectuaría al espirar el luto.

Aunque Genoveva hubiese perdido parte de su patrimonio podía reputarse aún por bastante rica.

Sin embargo, habitarían los cuatro en una elegante pero modesta casa. No tendrían lujo immoderado, no tendrían coche ni profusión de criados, no tendrían tertulias, que son los palenques en que se destruyen las honras ajenas, y en primer lugar las de los amos de la casa.

Vivirían con respecto al mundo en una dezagogada medianía, con respecto á los goces de su alma en una completa opulencia, porque harían el bien á manos llenas.

Cláudio imprimiría sus obras y escribiría otras muchas, todas destinadas á probar que la caridad es la inagotable fuente de la riqueza de las almas. Irian los dos solos en la oscuridad de la noche, de buhardilla en buhardilla, enjugando vergonzosas lágrimas; arrancando víctimas en sufrimiento.

Esto sería en invierno; en verano se retirarían á su solitaria casa de Santander, y allí, entre el murmullo de las olas, delante de los paisajes llenos de frondosidad y de armonías, beberían á raudales ese amor del Dios todo caridad que llena el alma de dulzura y la hace rebosar

sobre cuantos nos rodean! ¡Si, porque el que ama mucho á Dios, aprende á amar á sus criaturas!

Si tenían hijos los educarían en estas santas ideas y harían de ellos ciudadanos útiles á la Patria, hombres sensibles y benéficos, respetables padres de familia. También cuidarían de las hijas de Gámbara, de quienes se había ya becho cargo Genoveva, y de la viuda del albañil, que siempre había recibido con largueza sus socorros.

No olvidaban tampoco á Nicolás: Genoveva había cuidado de encerrar sus mortales restos juntos con los de la abuela, en un sencillo panteón que sería el panteón de la familia.

Además regalarían su cuadro al Museo, para que todos pudieran admirar al malogrado génio.

Aun estaban forjando estos embriagadores proyectos cuando rayó el alba. ¡Aquellas horas habían volado con la rapidez de un soplo!

Genoveva permaneció con su nueva familia todo el tiempo que necesitó para buscar y adornar la casa en donde debían instalarse todos.

La verificaron al anocheecer del día siguiente, pero por una aberración extraña, Cláudio y Virginia se empeñaron en llevar consigo los más fútiles objetos; unos porque habían servido á Nicolás, otros porque los había tocado la abuela, y además porque amaban todos aquellos muebles groseros, testigos de su infortunio, y que eran como la tabla del navío que el naufrago de regreso á la Patria cuelga ante el altar de la Virgen salvadora...

La casa que había tomado Genoveva era modesta y estaba adornada con sencillez; pero pareció un palacio á los ojos de sus huéspedes.

Virginia y su madre hallaron su habitación dispuesta y en ella vestidos y adornos de luto.

¡En todo había pensado Genoveva!

Pero ¿por qué te levantas, mi querida Luisa? ¿por qué dejas de escucharme? Si no cerramos violentamente el libro, ¿crees que pueda terminar nunca con el bien la historia de la vida humana?

¡Ah, no, mi Luisa, no, porque la ventura, que jamás termina, solo se encuentra más allá de esas nubes azuladas!

CAPÍTULO XIII.

BATALLAS DE LA VIDA.

Nada son los lauros de la gloria comparados con las palmas del martirio.

Santa Teresa.

Sólo puede llamarse héroe al que en los momentos de efervescencia apasionada, ha sabido dominarse á sí mismo.

Tácito.

Las cuerdas tirantes de un instrumento se rompen, he dicho antes, las flojas se dilatan; pero por esto las últimas no dejan de inutilizarse: el dolor violento rompe las fibras del alma; el dolor lento las entumece y acaban por destruirse.

Los dos últimos años habían sido muy crueles para Cláudio, había sufrido mucho y la felicidad no bastaba á reanimarle. Era como esas pobres flores agostadas ya, á las cuales las gotas del rocío no pueden devolver su lozanía y su frescura.

Paciente siempre y sufrido, jamás había exhalado una queja, pero tal vez lo que creía abatimiento, lo que creía malestar dimanado de su angustiosa situación, no era más que el principio de una enfermedad que no perdona.

Pero Cláudio sonreía siempre con tristeza, eso sí, pero sonreía. Cuando su madre y Virginia le preguntaban: ¿qué tienes?—contestaba sonriendo, *nada*, y las dos mujeres alzaban los ojos al cielo y pedían á Dios un poco de felicidad para aquel corazón desolado.

Sin embargo, ahora era dichoso: ¿por qué sus mejillas estaban cada vez más pálidas? ¿por qué á veces exhalaba un tristísimo suspiro y se llevaba ambas manos al pecho? ¿por qué defallecía repentinamente y sus ojos se llenaban de lágrimas?

Genoveva y Virginia no sabían qué pensar.

Eugenio frecuentaba la casa como la había frecuentado antes. Sabía que Genoveva era la esposa de Cláudio, y sin embargo los celos no le alejaban de allí, aunque su natural generosidad le hubiese impedido motejar á su antiguo protegido por aquella usurpación de afectos y derechos.

Quizás en aquella casa había hallado á otro ídolo á quien rendir su fervoroso culto.

Quizás la simpatía que en otro tiempo le hacía tan grata la compañía de Virginia, se había reavivado al volverla á ver, más linda, más graciosa que antes con sus atavíos de duelo.

Eugenio no se daba cuenta de este nuevo sentimiento, sólo que se dirigía á la casa con inexplicable alegría y salía de ella con un pesar también inexplicable.

En cuanto á Virginia, si esperaba con impaciencia su cotidiana visita, se sonreía siempre con satisfacción al verle alejarse.

—¡Ahora sí que me mira, se decía á sí misma con incoherente orgullo! ¡Ahora sí que me mira y que me dicen muchas cosas sus miradas! ¡Si viviera el pobre Nicolás qué contento se pondría!

Genoveva, inquieta por la tenaz melancolía de Cláudio, acudió á Eugenio, con la confianza de una hermana. Contóle sus dudas, sus temores, su recelo de no ser amada y de que la gratitud fuese únicamente la que guiase á Cláudio al ara de himeneo, rogóle que le interrogase, que le dijese que estaba pronta á inmolarse su dicha con tal de que él fuese dichoso.

A consecuencia de esto, Eugenio propuso á su antiguo amigo que fuesen á dar juntos un paseo, y le interrogó, y supo interrogarle con una solicitud tan cariñosa, que Cláudio no pudo menos de confesarlo todo.

—Pero no se lo diga V. á Genoveva, exclamó. Soy hijo de médico y conozco mi enfermedad... ¡Por Dios, no la diga V. que voy á abandonarla!... ¡Si pudiéramos casarnos antes! Pero el luto de mi hermano nos lo impide, y ¿cómo inducirle sin asustarla á que atropellemos por todo? Un año de vida, Dios mío, tan solo os pido un año!

Al día siguiente Genoveva dispuso un viaje á Niza.

—Ya que no podemos casarnos hasta la primavera, dijo, distraeremos nuestra impaciencia con un viaje alegre y delicioso.

Acordóse que su madre los acompañaría, y que Virginia se quedaría con el ama de gobierno, que por fortuna no era la adusta y malévola Marcela, sino una respetable señora viuda y de buena educación.

Genoveva, que á pesar de su mortal preocupación pensaba en todo, y que había advertido la deferencia de Eugenio hacia Virginia, no quiso sofocar con una brusca separación aquel amor naciente que podía labrar la ventura de la joven, á la cual amaba ya como á una hermana y la de su querido y noble Eugenio.

Entre los floridos vergeles de la patria, del amor y la poesía, gozaron Cláudio y Genoveva de las inefables delicias que ofrece al alma un verdadero y puro sentimiento, y aspiraron embriagados de felicidad los perfumes de aquellos bosquecillos en donde reina una eterna primavera.

Genoveva cuidaba á su futuro esposo con toda la solicitud de una madre, con toda la ternura de una hermana, con toda la pasión de una esposa.

Cláudio parecía estar mejor.

Genoveva pedía todas las mañanas su salvación, postrada delante de la imagen de la Virgen, y ofrecía en medio de su desvarío su propia vida en cambio de la vida de su amado.

A veces esperaba que iba efectuarse el milagro.

Cláudio la seguía sin cansarse al través de los campos de flores, ó mostraba en su fisonomía una tranquila animación al bogar con ella en un ligero esquife sobre las ondas azuladas.

Entonces Genoveva, transportada de alegría, se arrojaba en los brazos de la pobre ciega, y exclamaba con efusión:

—¡Cláudio está mejor!

Lorenza alzaba las manos al cielo por toda respuesta, y suspiraba. Permanecieron en Niza todo el invierno.

Cláudio parecía haberse regenerado, sus movimientos ya no eran lánguidos ni tristes sus miradas.

¡El también esperaba, él también se creía salvado!

Llegó la estación dichosa, en que las ramas se llenan de capullos, en que los capullos entreabiertos dan asilo á los insectos de alas de oro; en que los pajarillos hacen resonar el bosque con sus cantos, en que ecos, aguas y brisas entonan el himno del amor y de la vida: llegó la primavera.

Con ella renació el afán de Cláudio por anudar aquel lazo bendito que no puede desatarse nunca.

—Volvamos á Madrid, decía incesantemente á Genoveva, el luto ha terminado, esta es la época fijada para nuestro himeneo, y cada día que paso sin ser tu esposo es un día de tortura para mí. ¿Por qué me robas una dicha á la cual tengo ya derecho?

Mi salud no puedo ser mejor: volvamos á Madrid.

Lorenza y Genoveva cedieron por fin á sus instancias y regresaron á España.

Pero, ¡ay! que al poner de nuevo el pie en la corte, Cláudio volvió á recaer y se vió obligado á guardar cama.

Genoveva era joven, había sufrido poco, había orado mucho y no perdió la esperanza.

Lorenza, por el contrario, estaba azevada al sufrimiento y creyó ver escrita en el cielo su condena.

Una tarde acedió á los médicos al salir del aposento de su hijo, en donde habían tenido consulta, y les suplicó con voz vibrante que la dijiesen la verdad.

Los médicos miraron con inquietud al más anciano, éste inclinó la cabeza y guardó silencio.

Lorenza era una verdadera espartana.

—¿Qué se puede hacer, preguntó con voz firme y ademan resuelto, no para evitar la muerte, sino para prolongar la vida?

—Necesita, ante todo tranquilidad de espíritu, dijo el doctor. ¡Si se casa con Genoveva muere, y muere si permanece á su lado sin casarse!

—¡Está bien, respondió Lorenza con calma glacial, está bien!

A la mañana siguiente, cuando Genoveva despertó, vió á la triste ciega arrodillada á los pies de su cama.

Durante aquella noche había completamente encanecido.

—¿Qué tiene V., madre mía? exclamó Genoveva arrojándose del lecho.

Lorenza prorampió en sollozos.

—¡Oh, hija, hija de mi vida, balbuceó con acento doloroso, perdóname si vengo á pedirte un horrible sacrificio!

Genoveva se puso excesivamente pálida y se llevó la mano al corazón. ¡Ah, el corazón tiene sus presentimientos!

Lorenza comprendió que tenía que hacer frente á un dolor tan grande como el suyo: compuso su semblante y se sentó al lado de la cama.

—Hija mía, dijo con forzada calma, Dios que nos da y nos quita los bienes, sabe al objeto que se dirigen sus piadosos fines. El hombre es una frágil barquichuela perdida en el inmenso Océano, arrebatada en todas direcciones por los contrarios vientos, sin brújula y sin timón, sumida en las tinieblas, ¿sabe, por ventura, cuál de los vientos la impele hacia la orilla? ¿sabe cuál debe precipitarla en el abismo? ¡Nada sabe!

El marino, pues, se ve precisado á abandonar el remo, á cruzar las manos sobre el pecho y á confiar en la divina Providencia.

Hace muy poco tiempo dábamos gracias á Dios por habernos reunido, porque en este acontecimiento veíamos la felicidad.... la felicidad que tal vez hoy no lo sea!....

Las pálidas mejillas de Genoveva se cubrieron de púrpura, estuvo algunos momentos suspensa.

(Se continuará.)

LA EXPOSICION DE JAEN.

Magnífica proporcionalmente ha sido la Exposición que se ha efectuado en aquella antigua ciudad, habiéndose desplegado, de parte de los artistas é industriales, una emulación digna de imitarse y que redundará en gloria del país.

Dejando aparte la enumeración de los diferentes productos que se han presentado, ya de la fértil tierra, ya de la industria del hombre, nos limitaremos á hablar de lo que concierne á nuestro sexo.

En efecto, la sección de labores de señora ha sido notable, tanto por el número, como por el mérito de los trabajos.

En bordados de oro y plata, se distinguen doña Adela Nájera, condesa de Villardompardo y doña Clara Perez; en bordados de oro y seda, las señoritas doña María Coello Perez del Pulgar y doña Josefa Vilches; en bordados de realce blanco, doña Josefa Tribaldos y la señorita Villendas, y en estampados sobre telas, la señorita Reufli.

Uno de los trabajos que más sorprenden es una colcha confeccionada con 2.500 piecitas de diferentes telas de cretona, hechas por una joven ciega, la cual ha combinado, según afirman personas dignas de crédito, los colores al tacto, en forma que resulta un conjunto sumamente armónico.

Existe en París, en la calle de Saint-Pénes, una escuela de tipografía para mujeres, dirigida por señoras, en la cual se observan las reglas siguientes para los estudios.

Horas de trabajo: de ocho á doce, de una á cuatro y de cuatro y media á seis. Desde el segundo mes de entrar en la casa, la alumna cobra 50 centimos diarios durante un año; el primer semestre del segundo año 1 franco, y el segundo 1,25 céntimos. El primer semestre del tercer año, 1,75, y el segundo 2 francos. Desde el cuarto año, la alumna gana con arreglo á su capacidad y su trabajo. Pudiendo entrar en la escuela á los trece años, á los diez y seis la alumna habrá perfeccionado su instrucción por la naturaleza misma de su trabajo; habrá adquirido una profesión lucrativa; y no sólo no habrá costado nada á sus padres, sino que tendrán ahorrados, á razón de trescientos días de labor por año, 1.050 francos.



32. Angulo para pañuelo

SECRETOS

DEL TOCADOR

Una de las cosas que más afean á las personas, es el mal olor que despiden el aliento. Ya que sea difícil curarlo, sobre todo si es procedente del estómago ó de la dentadura, las daremos una excelente receta para disimularlo. Se toma cuartillo y medio de espíritu de vino, y se disuelve en él media onza de incienso, igual cantidad de benjuí y de goma arábiga, una cuarta de clavo y de nuez moscada, tres cuartos de piñones y de almendras dulces, un grano de ámbar y otro de almizcle.

Todas estas sustancias se machacan y se ponen en infusión dos ó tres días, removiéndolas con frecuencia y añadiéndolas medio cuartillo de agua de rosa. Después se procede á la destilación para obtener un cuartillo. Si resultase demasiado fuerte, se le echará un poco de agua clara.

Esta composición es verdaderamente maravillosa, pues no solo sirve para combatir el mal olor del aliento, blanquear los dientes y refrescar las encías, sino que usándola muchos días de continuo, quita las manchas y arrugas del rostro y hermosea la piel.

No deja tampoco de ser grave falta en los hombres el mal olor del aliento producido por el olor del tabaco, y más de una señorita delicada se ha negado por esta sola causa á aceptar los obsequios de un joven, digno por todos los demás conceptos de merecer su atención.

Hé aquí una disolución dentífrica inventada por Chevallier, que produce efectos admirables.

Cloruro de cal seco en polvo fino, 8 granos.

Agua destilada, 64 id.

Alcohol á 35 grados.

Aceite esencial de clavo de indias, 2 gotas.

Se trata el cloruro por el agua, se decanta y se filtra, añadiéndole después el alcohol, y por último el aceite.

Esta preparación, además de producir el efecto indicado, sirve para curar el reblandecimiento de las encías complicadas con ulceraciones félicas.

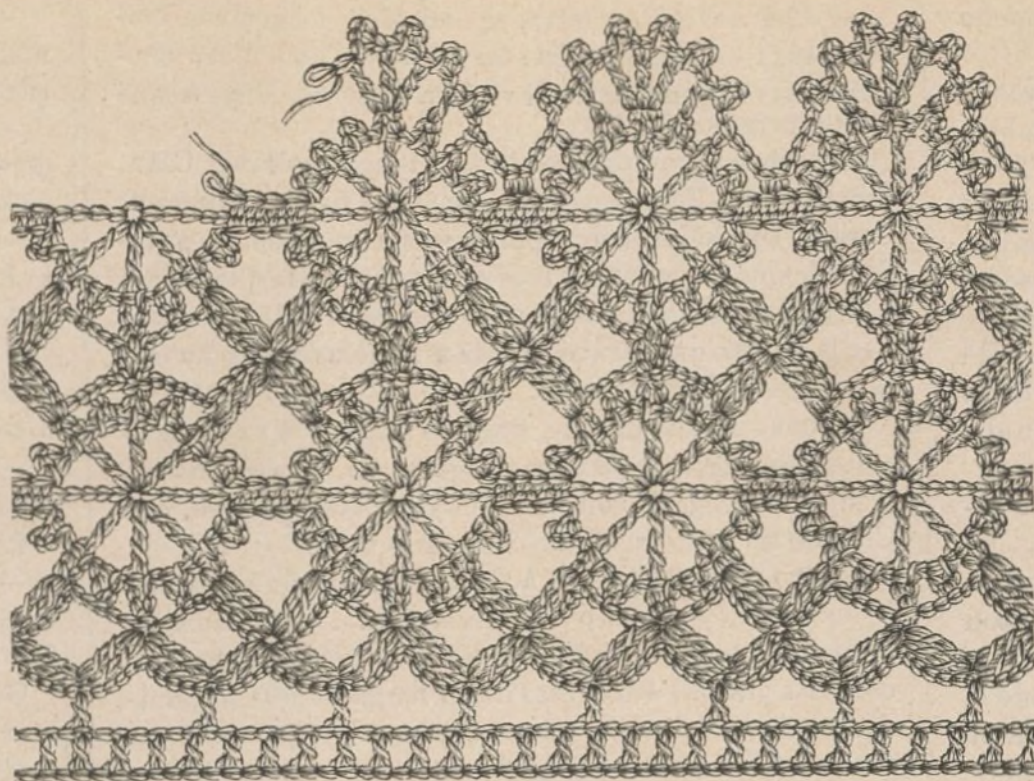
La disolución se usa á la dosis de media cucharada de las de café en una copa de agua, que puede servir para enjuagarse ó lavarse los dientes con el cepillo.



46. Vestido con paletot. Espalda del núm 12 del Correo anterior.

El mal olor de la boca también se corrige con las pastillas de carbon, con la raíz del lirio de Florencia, con los clavillos de especia, con un pedacito de mirra, con una disolución de cloruro de cal, y tomando tres horas después de las comidas una cucharada de café de agua azucarada, en que se haya disuelto dracma y media de clorato de potasa en tres onzas de igual líquido.

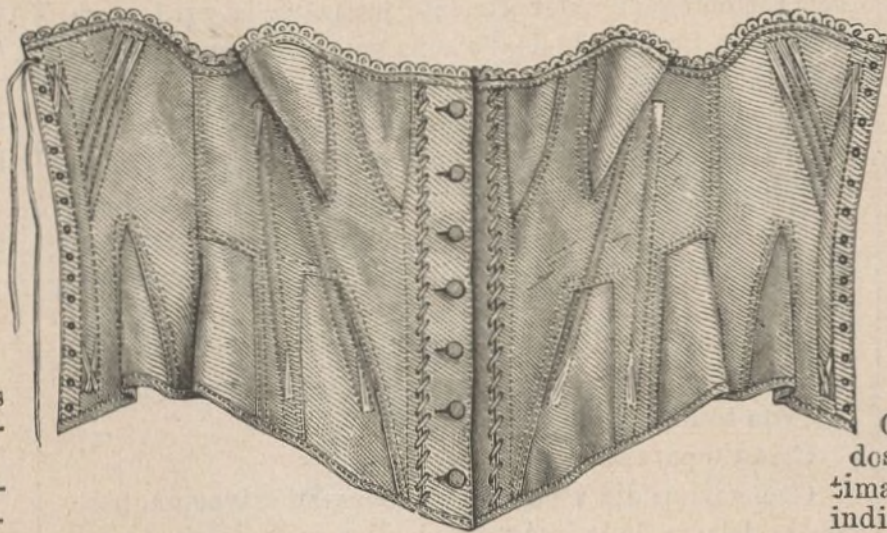
Pero el remedio más eficaz para combatirlo es esencialmente la limpieza de la dentadura.



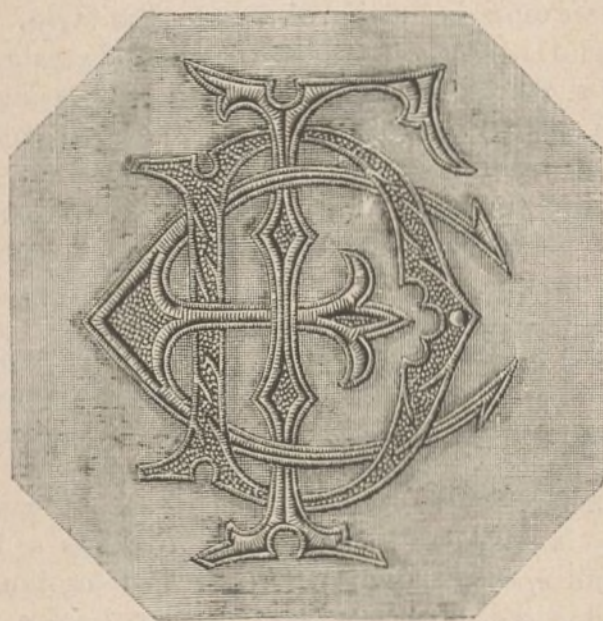
34. Puntilla de crochet.



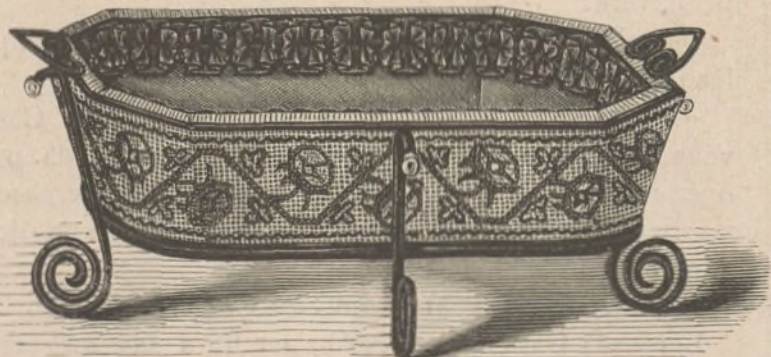
41. Gorro griego. (Véase la cenefa núm. 42.)



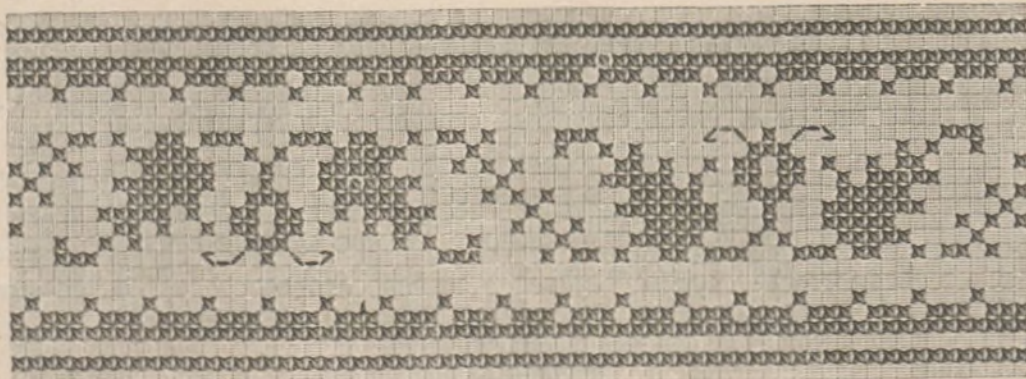
43. Corsé abotonado por delante. (Patrón del 18 por el derecho, núm. 1V, figs 16 á 22.)



44. Iniciales para pañuelo.



45. Canastilla para cubiertos.



42. Cenefa bordada á punto de cruz para el gorro núm 41.

EXPLICACION del figurin 1326.

TRAJES PARA CASINO.

FIG. 1.^a Un lindísimo vestido de granadina calada á rayas blancas y azules, guarnecido con anchos plisés de faya azul de tono más oscuro y grupos de lazadas de cinta estrecha constituye este traje, que se completa con fichú blanco de encaje adornado con lazos azules y mangas también de encaje. En el peinado lleva únicamente una pluma rizada azul, sin collar, pendientes ni brazaletes.

33. Angulo para pañuelo.



38 á 40. Cuello, puño y pañuelo correspondientes.

torno de éste un rizado de encaje que forma fichú, con un ramito de rosas en el pecho. Una rosa sola en el peinado. Pendientes, collar y pulsera de oro.

LA GUIRNALDA

FÁBRICA DE CORSÉS DE MAD. GRAND.

Espoz y Mina, 11.

Con los paletots largos y ceñidos, que son hoy por hoy la última palabra de la moda, son indispensables los excelentes corsés que se fabrican en esta acreditadísima casa.

Las señoras de provincias pueden dirigirse directamente por carta á Mad. Grand, y serán servidas con puntualidad y economía.

PELUQUERÍA Y PERFUMERÍA

DE DON JOSÉ ROYO

proveedor de S. M.

Plaza de Santa Ana, 15.

A este establecimiento, que tantas veces hemos recomendado á las señoras por la elegancia de los peinados y lo superior de sus artículos de perfumería, acaban de llegar cuantas novedades en estos ramos se han exhibido en la Exposición de París.

Nos apresuramos á ponerlo en conocimiento de nuestras suscriptoras por si quieren hacer algun pedido.



47. Espalda del núm. 8 del Correo anterior.

OBRAS DE DOÑA ÁNGELA GRASSI

que se hallan de venta en esta Administración.

Las riquezas del alma, obra premiada por la Academia Española. Dos tomos: 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

La gota de agua, obra premiada por aclamación en el concurso Jesus Rodriguez Cao. Un tomo: 4 rs.

El que no siembra no coge, novela de costumbres: 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

El copo de nieve. Un tomo 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

Las Sras. Suscriptoras a la 1.^a Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1326.

Editor-proprietario, Carlos Grassi.

Administración: Montera, 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid